

Talal, hijo de Edibe



Talal, hijo de Edibe

tag.global

tag-multimedia@tag.global

El Reino Hachemita de Jordania

**Número de Contenido del Departamento de la Biblioteca
Nacional, (2019/10/5352)**

El autor es responsable de todas las responsabilidades legales que surjan del contenido y contenido en cuestión no refleja las opiniones de la Oficina Nacional de Bibliotecas ni de ninguna otra agencia gubernamental.

Talal, hijo de Edibe

**Talal Abu-Ghazaleh Impresoras Centrales de Traducción
Distribución y Publicación**

Por: Areej Younes

Traducido por: Rafael Carpintero

Primera Edición 2019, lengua española

Número de páginas 44

ISBN: 978-9957-559-48-9

El futuro son las elecciones que hacemos

Queridos lectores:

La infancia es una época hermosa que pasamos en su mayor parte entre diversiones y alegría. Pero también es una parte importante de la vida en la que acumulamos recuerdos de cosas que no podrán volver y trazamos nuestros sueños con respecto al futuro... El futuro son las elecciones que hacemos. Por eso, o bien enfocamos toda nuestra energía a hacer realidad nuestros sueños, o bien renunciamos y nos conformamos con quedarnos con los deseos sin esforzarnos. Si no corremos persiguiendo nuestros sueños, no encontraremos un pasaje en la nave del éxito, que nos llevará a nuevos horizontes en compañía de gente laboriosa.

Queridos amigos:

Os presento esta historia como un ejemplo de éxito a pesar de todas las dificultades e inconvenientes. Es la historia de un niño de vuestra edad. Sufrió desgracias como no os podéis imaginar. Pero las desafió y no se rindió. Partiendo de las dificultades de su vida, supo crear un futuro para sí mismo, para su familia, para su país y para su pueblo. Se convirtió en una personalidad importante a quien todo su entorno señala como un hombre creativo, un líder y un genio de éxito. Se convirtió en un nombre que se recuerda en el mundo de lo social, del pensamiento y del humanitarismo.

Venid, os contaré la historia del pequeño Talal... Sepamos cómo alcanzó la victoria a partir de las dificultades.

Areej Younes

ENCONTRAR EL TESORO

«La flor que sigue el sol lo hace incluso en los días nublados»

Robert Leighton

Cuando mi padre me llamó —«Talal... Talal... Talal...»— yo estaba en la rama más alta del naranjo al que había trepado. «Aquí estoy, papá», le respondí. «¿Qué buscas en lo alto del árbol?», me preguntó preocupado. Con un gesto alegre le señalé una naranja que había en un lugar difícil de alcanzar y que brillaba al sol con un color apetitoso y le contesté: «Quiero agarrar esa naranja».

Mi padre se me acercó gritando: «¡Cuidado!». Cogí la naranja, me la metí en el bolsillo de la camisa y empecé a bajar del árbol con cuidado.

Mi padre me sujetó con sus fuertes brazos y se acuclilló. Al llegar a mi altura me dijo tocándome el hombro con cariño: «Tu madre estaba preocupada por ti». Yo le miré directamente a los ojos brillantes. Y él, con su actitud seria de siempre, continuó: «Bueno, vámonos a casa».

Sostenía con mucho cuidado en la mano un papel doblado.

—¿Qué es ese papel, padre?—, le pregunté curioso.

—Como sé lo mucho que te gusta saberlo todo, te lo voy a enseñar—, me contestó sonriente, y me entregó el papel.

No era un papel cualquiera, había sido doblado cuidadosamente. Lo desdoblé y lo examiné mientras se hacía el silencio. En él estaban escritos mi nombre (Talal Toufek Abu Ghazaleh) y mi lugar y fecha de nacimiento (Jaffa, 22 de abril de 1938). También tenía diversas líneas y figuras.



—¿Es el mapa de un tesoro? —le pregunté a mi padre sin entender bien lo que ponía en el papel.

—Sí, en cierto sentido podríamos decir que sí —sonrió seguro de sí mismo.

Le miré sorprendido.

—¡Ahora me acuerdo! Ya me lo habías enseñado una vez. Pero entonces no sabía leer.

No dejaba de sonreír y con la felicidad brillando en sus ojos, continuó cariñosamente:

—Ahora eres un hombre grande, hijo. Te he hecho una copia para que la guardes.

Las palabras de mi padre me proporcionaron confianza y tranquilidad. En ese momento comprendí por qué decía: «La tierra también es un tesoro. En realidad, es el tesoro más valioso».

—Se nos ha hecho tarde, tu madre se enfadará mucho con nosotros —dijo en broma.

Señalando el bulto de mi bolsillo, le contesté:

—Por eso he cogido esta naranja de la rama. Se pondrá tan contenta de que se la lleve que no se enfadará jamás con nosotros.

Al oír aquello mi padre lanzó tal carcajada que su voz resonó por todos los rincones del huerto.

Caminé junto a mi padre seguro de mí mismo y con paso decidido. Con una mano sujetaba la suya, tan fuerte, y con la otra mi tesoro.

JAFFA, UNA ESTRELLA BRILLANTE

«En mi corazón no pudieron matarte, quiero que me devuelvas aquella naturalidad y aquella inocencia, ¡oh, rostro lejano!»

Mahmoud Darwish

El verano era una de las estaciones que pasaba con mayor alegría. El cielo de Jaffa, la ciudad en la que vivía, estaba iluminado por la luna y miles de estrellas lejanas. Nada tenía el sabor de las charlas nocturnas que manteníamos toda la familia sentados en la azotea.

Me gustaba contemplar la apariencia de las estrellas, seguir cómo las estrellas fugaces se deslizaban tranquilamente primero iluminándose y apagándose luego. Cuando mi padre vio que las observaba con tanta curiosidad, me dijo:

—Me recuerdas tanto a mí mismo de niño, Talal...

A lo que mi madre, mirándonos con cariño, contestó con tono de orgullo:

—Si Dios quiere, será como tú cuando crezca.

—Edibe —respondió mi padre volviéndose hacia ella—, nuestro hijo siempre será decente y honrado, en su vida y en su trabajo.

Mi madre sonrió, emocionada por las elogiosas palabras de mi padre y luego todo lo envolvió un alegre silencio. Hasta que yo pregunté excitado:

—Papá, ¿también a ti te gustaba el cielo?

Mi padre me contestó muy seguro de sí mismo:

—Sí, todavía me gusta, es mi fuente de inspiración.

—Talal —añadió mi madre eufórica—, tú padre siempre mira hacia arriba. En el trabajo se ha convertido en un ejemplo para los demás como comerciante inteligente y honrado. Por eso la gente lo tiene por una buena persona.



Mi padre acentuaba su modestia con su silencio y yo lo abracé, orgulloso, y lo besé.

En los ojos de mi padre, que en su trabajo demostraba fuerza, paciencia y una seriedad incomparable, yo siempre vi cariño, sinceridad y una bondad que nunca faltaba.

Cuando poníamos punto final a nuestras charlas familiares para dormir, a mí me gustaba acostarme en la cama volviendo la cara hacia el cielo. Antes de quedarme dormido, elegía una estrella del sueño del cielo y la guardaba en el corazón.

La voz de mi padre me despertaba antes de salir el sol gritando: «Kalk, hemşerim!» («¡Levanta, paisano!»). Aquella exclamación en turco la usaba en el sentido de «¡Arriba, soldado!». Yo no intentaba protestar que era muy temprano, y mucho menos trataba de convencerle, porque creía firmemente que Dios repartía sus dones por la mañana temprano.

Nuestra vida transcurrió pacífica y feliz, hasta aquella noche...

Como todas las noches, estábamos sentados de nuevo en la azotea. De repente nos estremecieron unas voces que se elevaban desde unos altavoces. Nos ordenaban a todos dejar nuestras casas por motivos de seguridad debido a unas maniobras militares que se estaban llevando a cabo.

Salimos a toda velocidad, las calles estaban llenas de gente que había dejado sus casas obedeciendo las instrucciones. Comprendimos demasiado tarde que aquella llamada no era sino una jugarreta a los palestinos de nuestros enemigos sionistas para forzarnos a emigrar. Cuando nos dimos cuenta de que nos habían engañado, ya habían desalojado nuestros hogares y nosotros estábamos en la carretera.

Mi madre llevaba un pequeño hatillo con todo lo necesario; mi padre, documentos, cuadernos y algunos objetos ligeros. Yo llevaba mi tesoro, el registro de la propiedad de nuestro terreno que mi padre me había dado.

Fuimos obligados a salir de nuestras casas, a abandonar nuestra ciudad dejando atrás toda nuestra felicidad. No nos quedó nada, como no fuera la tristeza de dejar Jaffa, que nos había alimentado con su paisaje verdísimo y con el aroma a naranjas que cubría su cielo cristalino.

Ahora Jaffa estaba para nosotros más lejos que las estrellas. Pero seguía estando tan cercana como nuestro corazón.

Empecé a preocuparme cuando nos llevaron al puerto para montarnos en un barco de carga junto con toda aquella gente. Mirando a mi padre a la cara, le preguntaba sin cesar, inquieto:



—¿Adónde nos va a llevar este barco? Es un carguero, ¿no? ¿Cómo va a llevar pasajeros?

Mi padre me sostuvo la mano con una fuerza a la que yo no estaba acostumbrado.

—No te preocupes, hijo, seguro que nos llevan a algún sitio.

En su voz se notaba una profunda amargura que trataba de ocultar.

—No tengas miedo, Talalcito —me dijo mi madre cuando me volví hacia ella—. Mira, estamos juntos y siempre estaremos a tu lado—. Lo que en realidad me estaba diciendo era que tendría que ser fuerte para superar el miedo que tenía en mi corazón.

Aquel torrente humano subía a aquel barco cuyo destino ignorábamos. Antes de que el barco zarpara mi madre se dio cuenta de que miraba Jaffa como si quisiera despedirme de ella, se me acercó y me enjugó las lágrimas.

—Pronto regresaremos a nuestra ciudad, a nuestro hogar —me dijo mirándome a los ojos.

Las palabras de mi madre siempre habían sido para mí una fuente de seguridad. Con una intuición infantil, por primera vez ese día no me sentí seguro. Una voz interior me decía que tardaríamos mucho en volver a Jaffa.

LA LLEGADA A GHAZIYEH

«La dirección que toma la educación en un ser humano determinará su futuro en la vida»

Platón

Mientras el carguero desembarcaba a sus pasajeros en el Líbano, yo agarraba agotado la mano de mi madre. Una sensación que iba creciendo dentro de mí me decía que habíamos iniciado un camino difícil que requeriría mucha paciencia.

Nos llevaron al pueblo de Ghaziyeh, al sur del Líbano. Allí nos recibió el alcalde, Hadji Riza Halife, a quien mi padre conocía de antes por sus negocios. Como no quiso que nos quedáramos en las tiendas que habían dispuesto para los refugiados palestinos, nos alojó en su casa.

Hadji Riza era un hombre ejemplar, generoso y decente. Cada vez que iba a la tienda, el dueño me trataba con mucha educación y me decía: «Hadji Riza me ha dicho que os trate bien, a ti y a tu familia».

Por entonces no era capaz de entender del todo lo que me hacía sentir la palabra «refugiado» porque mis padres me recomendaban no perder la esperanza repitiendo continuamente que regresaríamos a Jaffa. Pero según iba pasando el tiempo, nuestro regreso empezó a parecerse a un sueño difícil de realizar. Hasta tal punto que la condición de refugiados se convirtió en una realidad que tendríamos que admitir si más adelante pretendíamos cambiar la situación.

Nuestra forma de ver la vida sufrió grandes cambios. Desaparecieron para siempre las alegres miradas y las sonrisas satisfechas del rostro de mis padres. Por entonces me prometí a mí mismo con mucha decisión: «Les devolveré la luz de la esperanza y la alegría del éxito».



Un día cualquiera...

Mi madre estaba limpiando lentejas y yo me senté a su lado.

—Mamá, sé que estás triste —le dije con toda la carga de sentimientos que me daba la niñez.

—Todos lo estamos, Talalcito —me respondió mi madre con una profunda pena—. Perder la patria es perder lo más valioso que posees.

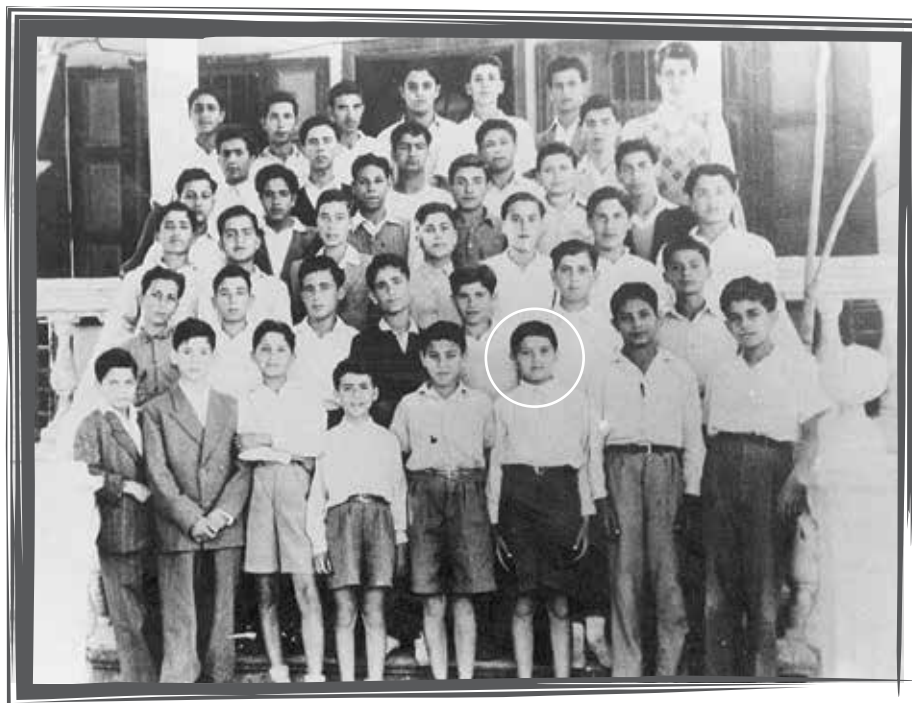
—¿Qué puedo hacer yo por mi familia? —dije con la intención de aliviar un poco su pesar—. ¿Cómo puedo recuperar mi tierra, mi patria, lo que me pertenece por derecho? ¿Cómo puedo enfrentarme a mis enemigos? ¿Cómo puedo devolveros vuestra sonrisa y vuestra alegría?

Mi madre dejó el plato que sostenía y me agarró fuertemente de las manos. Me miró a los ojos con una decisión como nunca hasta entonces le había visto:

—El saber... Sí, hijo, el saber es el camino más seguro que puedes seguir para formarte y para levantar a nuestro pueblo.

Aquella frase que mi madre había pronunciado con tanta decisión tendría una influencia enorme sobre mí a lo largo de toda mi vida. Debía hacerme una promesa a mí mismo antes de comunicársela a mi madre. En aquel breve espacio de tiempo mis pensamientos parecían competir en una carrera entre ellos. Entonces me volví hacia ella:

—Te prometo, mamá, que dedicaré mi vida al saber.



MI PRIMER COLEGIO

«Sin amor no puedes entregar nada; sin perdón no puedes amar»

Ibrahim Elfky

A partir de ese instante me consagré a hacer realidad mi promesa. Empecé a estudiar de forma organizada y rigurosa. Me matricularon en la Escuela Protestante Americana de Sayda, bastante lejos de Ghaziyeh. Me veía obligado a ir andando siempre e hiciera el tiempo que hiciese.

Cada vez que sacaba una buena nota en mis lecciones, guardaba cuidadosamente el papel para enseñárselo a mis padres. Cuando llegaba a casa les mostraba las notas y contemplaba la alegría en sus ojos. Cuando mi padre venía a visitarme al colegio, sentía una felicidad difícil de describir. Mis profesores le hablaban de mi buen comportamiento, de mi inteligencia y de mi amor por el saber. Yo le daba mucha importancia a todo aquello porque pensaba que en todo lo que hacía estaba representando a mi familia. Estaba convencido de que mi éxito me acercaría cada vez más a Jaffa y a Palestina, siempre en mi corazón.

Pero mi viaje hacia el conocimiento no era nada fácil. Los ingresos de mi familia no eran suficientes. Por lo tanto, tuve que aprender a conformarme con poco, sin quejarme, sin protestar. Porque no quería que mi familia se sintiera incapaz y especialmente no quería que aquello afectara psicológicamente a mi padre. Antes de que emigráramos había sido un rico comerciante que había respondido a todas las necesidades de su familia.

Aquel difícil proceso facilitó que ya desde pequeño me diera cuenta de lo importante que era que me ganara el cariño y el respeto de mi familia y la confianza de quienes me rodeaban.

Aunque tenía bastante poco en comparación con los otros niños de mi edad de mi clase, yo confiaba en mí mismo. Llevaba, no con vergüenza, sino con orgullo el abrigo que mi madre me había cosido para el invierno con las mantas de lana con las que nos cubríamos. Un día, cuando me ponía el abrigo para salir de casa, mi padre me apretó el hombro lleno de satisfacción:



—Talal, veo en el rostro del futuro que serás un líder y un sabio, que tendrás una importante misión en la vida. ¿Sabes cómo lo sé? —Y, mientras yo le miraba admirado y en silencio, concluyó—: Porque eres hijo de Palestina, que siempre ha visto nacer a tan grandes personalidades.

Grabé en mi mente las palabras de mi padre y me las he repetido continuamente a lo largo del camino que se extendía ante mí. Iba con el pan con un trozo de queso que mi madre me preparaba como merienda para aliviar el cansancio y el esfuerzo del día en una mano y en la otra mis sueños: los libros que me aseguraban que podría continuar mi camino para alcanzar el triunfo.

Recuerdo un día lluvioso. Llegué al colegio empapado, chorreando agua por todos lados. Al entrar en clase mis compañeros empezaron a reírse. Pero yo, en lugar de lamentarme, sonreí. Un compañero, Muhammed, no pudo quedarse callado, se volvió hacia el resto de la clase y gritó:

—Este compañero de quien os reís viene andando más de dos horas de camino. Seguid riéndoos si sois capaces de aguantar lo que él; pero si no podéis hacer lo mismo, callaos y mostradle respeto.

De repente el silencio envolvió la clase. Y entonces todos se pusieron en pie a la vez y me demostraron su solidaridad con aplausos.

Al final de la clase le di las gracias a Muhammed por su apoyo amistoso y fraternal. Sentados en el suelo y compartiendo la comida, que no llegaba ni de lejos a llenarnos, me dijo:

—Lo que he dicho no tiene importancia. Pero tu esfuerzo sí que no es cualquier cosa.

De mi amistad con Muhammed aprendí que la vida es más hermosa cuando compartimos. Además, siendo musulmán, aprendí en una escuela cristiana que la esencia de la religión es el amor y lo profundamente importante que es amar a los demás sin tener en cuenta su religión.



MIS AÑOS DE BACHILLERATO

«Una voluntad firme acorta el camino»

Refrán brasileño

Mi ilusión cada vez mayor era poder matricularme en el Instituto Islámico Makassed después de terminar la enseñanza primaria. Sin embargo, no parecía muy posible porque el coste de la matrícula era muy alto y yo no tenía un céntimo.

Sabía que mi familia no podía pagarme el instituto. Así que necesitaba a alguien que me ligara con mayor determinación a mi sueño. En un momento de tranquilidad en casa le hablé a mi madre de mis aspiraciones. La mirada absorta de mi madre me indicaba que estaba buscando maneras de encontrar algo de dinero. No obstante, en esos tiempos aquello era un callejón sin salida. Nunca en mi vida olvidaré la tristeza y la desesperación que aparecieron en su rostro.

—Solo te pido que reces por mí —le dije arrimándome a ella.

Se secó las lágrimas, elevó las manos al cielo y oró:

—Que Dios te permita conseguir lo que deseas, que te despeje el camino, que tus pasos te lleven por la senda del éxito y la superación, Talal.

Esa noche no pegué ojo, y tampoco mis padres. Podía oír que rezaban por mí mientras hacían la oración. Mi padre le pedía a mi madre: «Reza por él, Edibe»; y ella a mi padre: «Y tú también, Tefik...».



A la mañana siguiente, cuando salía de casa después de despedirme de mis padres, mi padre me cogió de la mano y me dijo como deseando animarme:

—Ningún obstáculo en el camino puede detener a quien cree en lo que desea.

A lo largo del camino fui dándole vueltas al guion de lo que iba a decirle al director del instituto, el señor Muhammed Selam, para quien había conseguido una cita. Tenía que convencerle de que me matriculara a pesar de que nuestra situación económica era insuficiente. Cuando llegué ante la puerta de su despacho me arreglé un poco la ropa y tomé aire profundamente antes de llamar. Llamé y me dijo que pasara. Sin hablar, me indicó que me sentara frente a él y entonces me preguntó:

—Veamos, hijo, decías que querías verme por un asunto importante. ¿De qué se trata?

—Quiero estudiar en este instituto, pero no tenemos suficiente dinero —le contesté haciendo acopio de todas mis fuerzas.

El director apoyó los codos en la mesa, interesado:

—¿Conoces las normas?

Acerqué mi cara a la suya y le dije con una actitud seria y respetuosa:

—Lo que le pido es una beca completa. He venido a darle mi palabra de que seré el primero de la clase. Si lo consigo seguiré estudiando; si no, le pagaré mi deuda a plazos.

El director cambió de postura, me miró asombrado y me preguntó con tono afable:

—¿Eres lo bastante fuerte como para aceptar el desafío?

—Sí, si Dios lo permite —respondí con la confianza de una fe serena.

Antes de que dejara su despacho, el director me estrechó la mano y diciéndome «Bienvenido a nuestro instituto» entreabrió la puerta que me permitiría acercarme un paso más a mi objetivo en el camino del saber.

Casi volaba pensando en cuánto se alegraría mi familia y lo contentos que se pondrían cuando compartiera aquella noticia con ellos. Aquél fue uno de los momentos más decisivos de mi vida y uno de los mayores pasos en la escala de los desafíos que me permitirían alcanzar el éxito. Y no escatimaría ningún esfuerzo para ascender por dicha escala.

LA EXPERIENCIA ES LA MADRE DE LA CIENCIA

«Si quieres triunfar en la vida, haz de la perseverancia tu amigo del alma, de la experiencia tu sabio consejero, de la advertencia tu hermano mayor y de la esperanza tu genio guardián».

Joseph Addison

Para poder cumplir con mi promesa, estudiaba mis lecciones con mucha disciplina. Hasta tal punto, que no me bastaba con conseguir las mejores notas. También destacaba en la memorización del Sagrado Corán y asimismo aprendí a leerlo salmodiando con la pronunciación y la entonación correctas. Incluso gracias a ello gané un premio que me pareció incomparable.

Cuando mis compañeros de clase se enteraron de que había ganado un premio a la recitación del Corán, se agruparon en torno a mí para felicitarme. Me miraban como se mira a una estrella que brilla en el cielo. Mi corazón estaba lleno de gozo y sosiego.

Como premio, junto al diploma, me regalaron un reloj de pulsera, el primero que tuve en mi vida. Entre sentimientos inexplicables, veía una escala que se elevaba, cuyos primeros escalones acababa de ascender, y le di las gracias a Dios.

Con idea de ayudar a mi familia sin descuidar mi educación, empecé a trabajar. Mi primer oficio fue vender helados. Me echaba la nevera portátil a la espalda y daba vueltas por la ciudad gritando «¡Helados de paleta!» hasta que vendía el último.

Un día que el sol lo abrasaba todo, los niños me rodearon de repente mientras anunciaba a gritos mis helados. Pero a mí me llamó la atención uno que se sentaba apartado contemplando

a los demás. Después de que los otros niños compraran sus helados y se fueran, le llamé señalándole con el dedo. Cuando llegó a mi lado le ofrecí un helado, pero lo rehusó.

—¿No te gustan los helados? —le pregunté.

—Sí que me gustan —contestó agachando la cabeza—, pero no tengo dinero para comprarlo.

Le sonreí:

—A este te invito yo. Si quieres que seamos amigos, acéptalo como el inicio de nuestra amistad.



Él alargó la mano para presentarse «Me llamo Halit». Yo también me presenté. No puedo explicar los sentimientos que viví al ver la felicidad de su carita. Tomó el helado, me dio las gracias y se alejó. A partir de ese día, cada vez que me veía se me acercaba y me acompañaba anunciando a gritos mis helados para que pudiera venderlos antes.

Aunque tuviera poco, estaba convencido de que mi deber era ayudar a los demás. Porque había sido testigo de que lo que era poco para mí, para otros podía ser mucho. Además, mi experiencia en la vida me había enseñado que no hay límites para el sacrificio. Cuanto más compartas, más te dará Dios.

Tiempo después dejé la venta de helados. Ahora veía menos a Halit, pero continuábamos siendo amigos. Aunque no lo viese, su recuerdo seguía vivo conmigo.

Encontré razonable que un amigo, que confiaba en mi capacidad mental y en mi habilidad para las cuentas, me dijera que podía trabajar de contable en la lonja de verduras. Todos los días me levantaba al alba, iba al mercado y calculaba para los minoristas el precio de las cajas de verduras que iban a comprarles a los mayoristas. El trabajo se alargaba hasta las siete de la mañana. Luego regresaba a casa, me lavaba, me cambiaba de ropa y me preparaba para ir al instituto.

Todas las mañanas me acompañaban las oraciones de mi madre: «Talalcito, que Dios te haga tener éxito». Yo le besaba la mano y me ponía en camino con el corazón tranquilo.

Cuando llegaba al instituto apartaba de mi mente todo lo relacionado con el trabajo y me centraba en el saber. Investigaba todo lo que oía, leía y veía, y me interesaba por las materias hacia las que nos orientaban los profesores. Muhammed, testigo de aquellos momentos, me decía en broma:

—Eres como un radar. No dejas escapar nada.

Y yo le respondía con una pulla:

—Tú también eres un radar. Pero, ¿sabes en qué nos diferenciamos?

—¿En qué?

—En que eres un radar roto.

Y Muhammed echaba a correr por el patio del instituto para atraparme, acompañando aquella divertida persecución con nuestras risas.



Mis jornadas no terminaban como las de los demás estudiantes. En cuanto regresaba de clase, me ponía en marcha para ir a dar clases particulares de lengua y literatura inglesas y sobre Shakespeare. Gracias a aquello, desarrollé mi capacidad de traducir del inglés al árabe y de comentar textos.

De todos los lugares en los que trabajé, el más interesante fue una tienda de discos que había en el mercado. Fue por entonces cuando empecé a conocer el mundo de la música, que me parecía magnífico y misterioso. Aumentó mi admiración por la música clásica. Con las piezas más famosas de Beethoven me sumergía en un universo hermoso y distinto. La música de Mozart se me filtraba suavemente en el alma y la mente... Con el tiempo me enamoré de aquella música que al principio solo escuchaba con el objetivo de ser capaz de convencer a los clientes de que la compraran; se había convertido en una parte inseparable de mi vida.

No obstante, aquel trabajo no me duró mucho. El dueño de la tienda le dio mi puesto a su hijo. Supongo que pretendía ahorrarse el escaso sueldo que me pagaba. Lo lamenté y me sentí decepcionado porque incluso aquel sueldo miserable era mucho para mí. Y me encantaba la música. Cuando menos me habría gustado seguir para poder continuar escuchando música sin tener que comprar o alquilar los discos.

Recogí mis cosas y me marché de la tienda. A cada paso que daba iba haciendo planes que me alejaran de la desesperación y me permitieran encontrar un nuevo empleo que me asegurara que podría continuar mi camino.

Los distintos trabajos que tuve, más que abrumarme, me ayudaron a adquirir la experiencia necesaria en mi camino hacia el éxito y me enseñaron a convertir mis sufrimientos en progreso.

MI BOLSA LLENA DE AMOR

«Lo mejor es lo que Dios ha elegido»

Cuando me gradué con honores en el instituto, creía que ser ambicioso en mi avance hacia las nuevas metas que me había fijado sería algo que me llevaría a mayores triunfos. Empecé a enviar solicitudes a diversas universidades. Mientras esperaba pacientemente continuar mi viaje por el saber, me llegó una carta de la Universidad Americana de Beirut anunciándome que había obtenido la opción a una beca completa. La universidad se ofrecía a pagar los gastos de mis estudios, el hospedaje, los libros e incluso la comida.



Había ganado el derecho a la beca por haber sido el primero en los exámenes que se hacían entre todos los institutos del Líbano. Como hacía siempre, agradecí de corazón a Dios que me abriera nuevas puertas en mi viaje hacia el conocimiento. Había aprendido a convertir en algo habitual el dar gracias a Dios por sus bendiciones.

Empecé a prepararme para aprobar el examen de acceso a la universidad. El éxito me acompañaba y me había permitido terminar mis estudios de bachillerato antes de tiempo. Al principio no era capaz de decidir en qué campo me especializaría. Ante mí tenía dos opciones: lengua inglesa en la facultad de letras, o empresariales. Tras meditarlo un tiempo, decidí matricularme en la facultad de letras para estudiar lengua y literatura inglesas. Sin embargo, por mucho que deseemos y pretendamos algo, es Dios quien escoge para nosotros un camino distinto.

Cuando llegué a la facultad ya habían cerrado la ventanilla de matrícula de aquel departamento. No me quedaba otra posibilidad que elegir la segunda opción, que era Comercio-Empresariales. Estaba desconcertado y me sentía incapaz de tomar una decisión. Hablé con mi amigo Gandi, cuya opinión estimaba mucho.

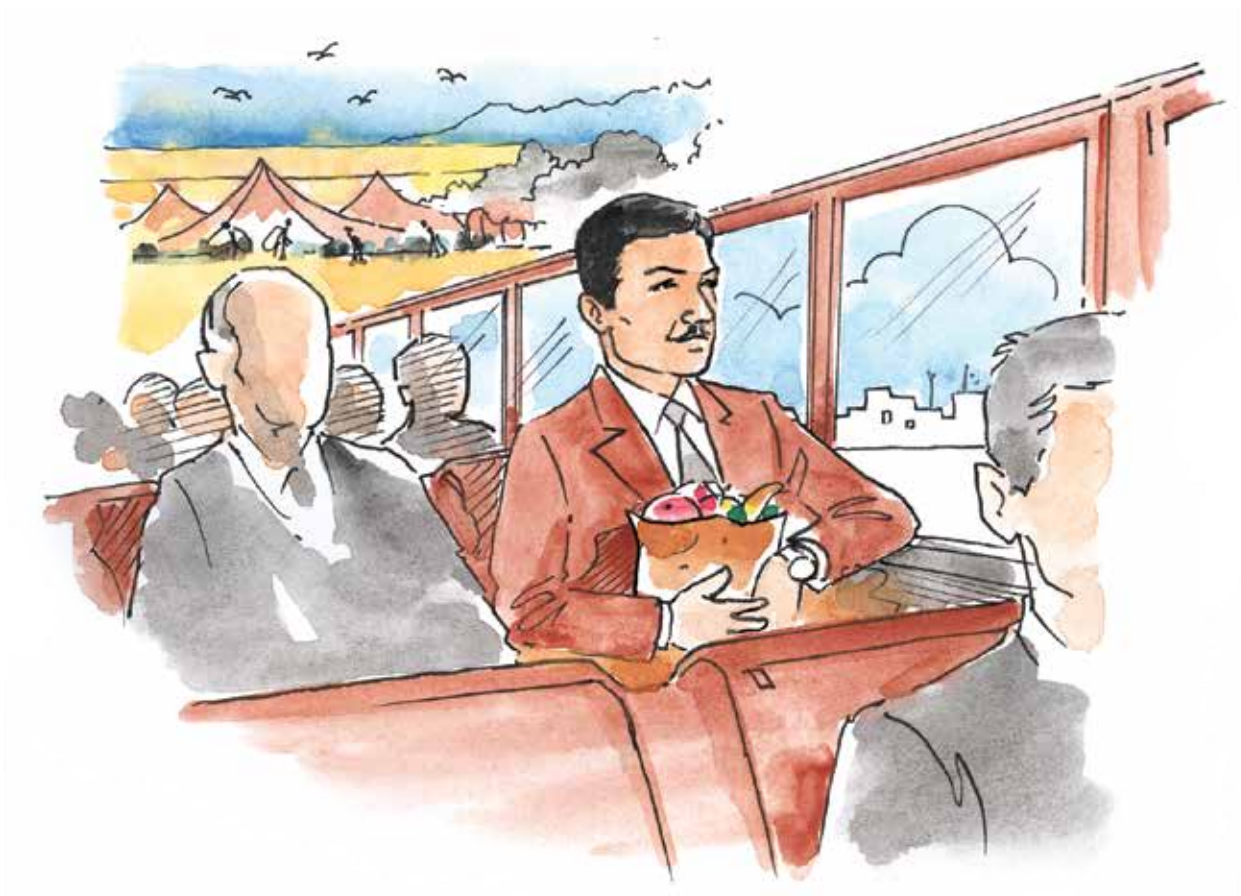
—Tú tienes unas capacidades muy particulares —me dijo—. Escoge la facultad de Comercio, estoy seguro de que allá también harás maravillas —y me devolvió la confianza en mí mismo.

Recordé que mi padre había intentado convencerme de que estudiara comercio e incluso que le había rezado a Dios para que me concediera lo mejor para mí. «Lo mejor es lo que Dios ha elegido», me dije y preparé los documentos necesarios para completar la matrícula.

La universidad fue un acontecimiento nuevo y muy distinto en mi vida. Hacía todo lo que estaba en mi mano para destacar en todos los trabajos que me encargaban, consciente

de mis límites en tiempo y energías. Había escogido una vida intensa para alcanzar mis objetivos y no había marcha atrás.

El mapa de nuestra Palestina estaba siempre ante mis ojos. Me presenté con un relato titulado «El eco maldito» a un concurso de cuentos convocado por el Consejo Superior de Artes y Literatura y de Solidaridad Social de Egipto. El tema era la tragedia que vivía mi patria, Palestina. El relato consistía en los diálogos que mantenían un padre y su hijo.



El padre creía que Palestina había desaparecido y que su pueblo se había dispersado. El hijo estaba convencido de que se vivía un proceso en el que Israel acabaría arrojado a las olas del mar. El relato ganó el primer premio. Junto a un diploma en el que se elogiaba mi relato gané también un premio de quinientas libras egipcias. Para mí era un honor y un premio enorme.

Cuando me puse en marcha hacia casa con el diploma y el premio en metálico, era como si el corazón me bailara con la alegría del éxito y latiera con la nostalgia por mi familia. Deseaba que el tren fuera más rápido para poder ver la alegría en los ojos de mis padres y mis hermanos. Quería que aquella pequeña alegría borrara un poco los años difíciles y las penas vividas.

Guardaba en una bolsa las piezas de fruta que nos servían en la facultad con la comida. Al llegar el fin de semana en mi bolsa había todo tipo de fruta. Mi familia sabía que la guardaba para compartirla con ellos al terminar la semana agotadora que pasaba entre el trabajo y las clases y que ni un bocado de mi comida se desperdiciaba en vano.

Mi madre me acariciaba el rostro con su cálida mano y decía:

—Querido Talalcito, tú te agotas todos los días, necesitas la fruta más que nosotros.

Y mi padre me acariciaba el corazón exclamando orgulloso:

—Tu hijo se ha convertido en todo un hombre. Y cada día que pasa está más maduro.

Me hacía feliz compartir con mi familia la fruta de mi bolsita. Todos me rodeaban con la alegría que nos proporcionaba ese banquete tan modesto. Aquella alegría suya se agazapaba en cómo saboreaban la fruta con la que yo les demostraba la profundidad de mi amor por ellos.

MI SEGUNDO TESORO

«Uniendo las manos se construye la patria; uniendo los corazones se alivian los pesares»

Refrán escocés

El día en que me gradué de la universidad fue como el de la cosecha. Una cosecha con la que quedaban atrás el cansancio, el esfuerzo, el insomnio y el estar separado de mi familia. Hasta tal punto que la noche en que esperaba la ceremonia de graduación la pasé sin pegar ojo pensando, por un lado, en que iba a despedirme de aquellos amigos con los que había compartido tantas cosas y de mi vida estudiantil, y por otro en que mis sueños se harían realidad.

La tarde de la graduación mis amigos me rodearon.

—Talal, ¿dónde vas a colgar el título? —me preguntó uno de ellos.

—Creo que Talal —respondió otro riendo—, después de tanto esfuerzo, lo meterá en una caja fuerte bien cerrada.

—Por supuesto que no —dije yo sonriendo.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Empezaré a buscar trabajo —contesté mirando a lo lejos con expresión firme y decidida.

—¡Este es nuestro Talal! Su otro nombre es ambición y tenacidad —exclamaron los otros alegres, honrándome con aquellas palabras.

Cuando recibí mi título viví la felicidad de haber conseguido mi segundo tesoro. El primero era el título de propiedad que mi padre había inscrito a mi nombre y del que incluso había pedido una copia que había puesto en mis manos cuando era niño.

Miré pensativo el título docenas de veces. En mi interior tenía la firme creencia de que nuestra cultura volvería a levantarse. Pero también era consciente de que, como siempre me decía mi madre, sin conocimientos aquel sueño era imposible.

Después de graduarme en la universidad, envié solicitudes de empleo a diversas empresas para distintos puestos de trabajo. Pero todas obtuvieron respuestas negativas. Argumentaban que acababa de graduarme. Pero yo continué sin desfallecer en la búsqueda de un empleo adecuado para mí. Nunca sufrí una decepción; al contrario, pensaba que cada una de aquellas negativas era como una aceptación. Las respuestas negativas me impulsaban a redactar nuevas solicitudes y a avanzar.



Acababa de llegar del mercado cuando mi familia me recibió feliz y casi ceremoniosamente. Mi padre me dijo alegre: «Enhorabuena, hijo». Mi madre me besó: «Talalcito, ¿no te decía yo que después de los apuros viene la tranquilidad?». Miraba a mis hermanos a la cara sin comprender el misterio de aquel recibimiento y de las palabras de mis padres cuando mi padre me dio la buena noticia:

—Una de las empresas de Kuwait ha aceptado tu solicitud de empleo.

Me alegró mucho la noticia. Mientras preparaba las maletas para ponerme en marcha recé a Dios para que me deparara lo mejor.

Me despedí de mi familia con sentimientos encontrados.

—Nosotros, palestinos, tenemos escrito en la frente el dolor de tener que separarnos de quienes amamos —me dijo mi padre al despedirnos.

Sus amargas palabras me impresionaron mucho. Antes de salir hacia Kuwait besé las manos de mi padre y la frente de mi madre.

—Que Dios te proteja y conceda que te vaya bien en el trabajo, hijo mío —las oraciones de mi madre siempre me daban fuerzas para soportar las dificultades del exilio.

Estaba decidido a ser un embajador de buena voluntad de mi país mientras trabajara en aquella empresa. Aguantaba todo tipo de molestias, las dificultades del trabajo y aquel calor al que no estaba acostumbrado. No tenía suficiente dinero como para comprarme un aparato de aire acondicionado. Con la intención de ahorrar para comprármelo y para otros gastos, decidí aprovechar el tiempo después de terminar con mis obligaciones haciendo horas extras en la empresa. Así trabajaba para la compañía y al mismo tiempo me libraba de los gastos del aire acondicionado.

Cuando años más tarde dejé la empresa, mi partida no fue normal y corriente. En el momento en que me marchaba, después de haber recogido mis cosas, me sorprendió

ver que mis colegas estaban también recogiendo las suyas dispuestos a dejar el trabajo conmigo. Intenté disuadirles de su decisión porque ni tenía un local para mi empresa ni estaba en situación de pagarles un salario. Pero ellos insistieron:

—Confiamos en tu capacidad y en tus ideas y estamos seguros de que lo conseguirás.

Me sentí muy honrado por su apoyo y se lo agradecí apreciándolo en lo que valía:

—Queréis decir que lo conseguiremos todos juntos.

Alargué mi mano hacia ellos y ellos pusieron las suyas sobre la mía... Sí, es difícil separar manos unidas unas a otras.



EL PRINCIPIO DEL ÉXITO

«Quien trabaja encuentra su recompensa»

Refrán árabe

Todos juntos nos pusimos manos a la obra con rapidez, aunque pasando dificultades. Yo convertí mi modesto coche en una oficina móvil. También conseguí el apoyo de algunos amigos y conocidos. Uno de ellos, Abdulaziz Alshakhshir, me reservó un despacho en su negocio para que pudiera trabajar. En cuanto a Mary Hayek, me entregó todo el oro que tenía para que yo lo invirtiera en mi proyecto. Como ellos, me apoyaron muchos otros amigos, algunos incluso trabajando conmigo sin cobrar.

Estos amigos me cargaron con una enorme responsabilidad. Consciente de ello, me prometí que no los decepcionaría. Se fueron sucediendo los éxitos en el mundo empresarial que llevarían el nombre de nuestra empresa a lo más alto de los ámbitos intelectual y social.

La vida me había enseñado que «lo que hacemos hoy es una preparación para el mañana». Es por eso por lo que tenemos que estar continuamente atentos a lo que sucede tanto en nuestra vida profesional como en la personal.

Además, la vida también me había enseñado a creer siempre en mi causa y a permanecer fiel a mi amor por mi tierra. La lucha por la identidad, el desarrollo de las naciones y los derechos de los pueblos no solo se consiguen por las armas. La ciencia, las ideas y la cultura también pueden procurarnos la superioridad sobre el enemigo.

Mi vida había transcurrido entre amargas experiencias, perdí mi patria, mi estabilidad, mi comodidad. Mientras los muchachos de mi edad dormían, yo estaba despierto; mientras los demás descansaban, yo estaba trabajando.

Perdí a mis padres (que Dios los tenga en su gloria), que hasta el último instante rezaron por mi éxito y mi ascenso profesional...

Ninguna de esas dificultades me hundió ni pudo quebrantar mi voluntad. Al contrario, me dieron fuerzas y me animaron a centrarme en conseguir lo que quería. Y, sobre todo, me hicieron ser más decidido en intentar conseguir lo que me pertenecía por derecho y regresar a Jaffa, a la casa en la que había pasado mi infancia.

La casa familiar sigue estando en el centro de Jaffa y es testigo de la tragedia. El nombre de mi padre (Hadji Tefik Abu Ghazaleh) ha sido borrado de la puerta, pero la llave continúa en mi familia. Mi madre siempre la llevó en su seno, junto al corazón. Al caer enferma en cama se la entregó a mi hermana mayor. Hoy la lleva con orgullo mi hermana menor.



LA PUERTA QUE ME ABRIÓ AL MUNDO: JORDANIA

*«Jordano es quien no acepta el fracaso, quien desafía lo imposible y lo vence»
«La nacionalidad y la pertenencia es lo que nosotros le ofrecemos a la patria, no es algo que
nosotros obtenemos de ella.»*

Rey Abdullah II bin-Al-Hussein

Me vi obligado a dejar Kuwait, ese país que tanto me gustaba, con cuya población me había integrado, donde hice muchos amigos y pasé mis años de juventud.

Mientras me preparaba para la vuelta a Jordania, que me había honrado el año 1990 concediéndome su nacionalidad, la cual yo llevaba con tanto orgullo, lo que me pasaba por la cabeza era lo siguiente: «Jordania es a donde debo dirigirme». Quería trabajar en mi oficina de allí.

Ante aquel nuevo mapa de rutas que se abría ante mí, me repetía con insistencia mis principios con el objetivo de disipar mis dudas: «No debo temer al fracaso cuando doy un nuevo paso. La vida se puede resumir en tres situaciones: “quizá pueda hacerlo”; “puedo hacerlo”; “tengo que hacerlo”». Porque yo creía en la filosofía de «uno debe tener los pies plantados en su patria, pero debe descubrir el cielo con los ojos».

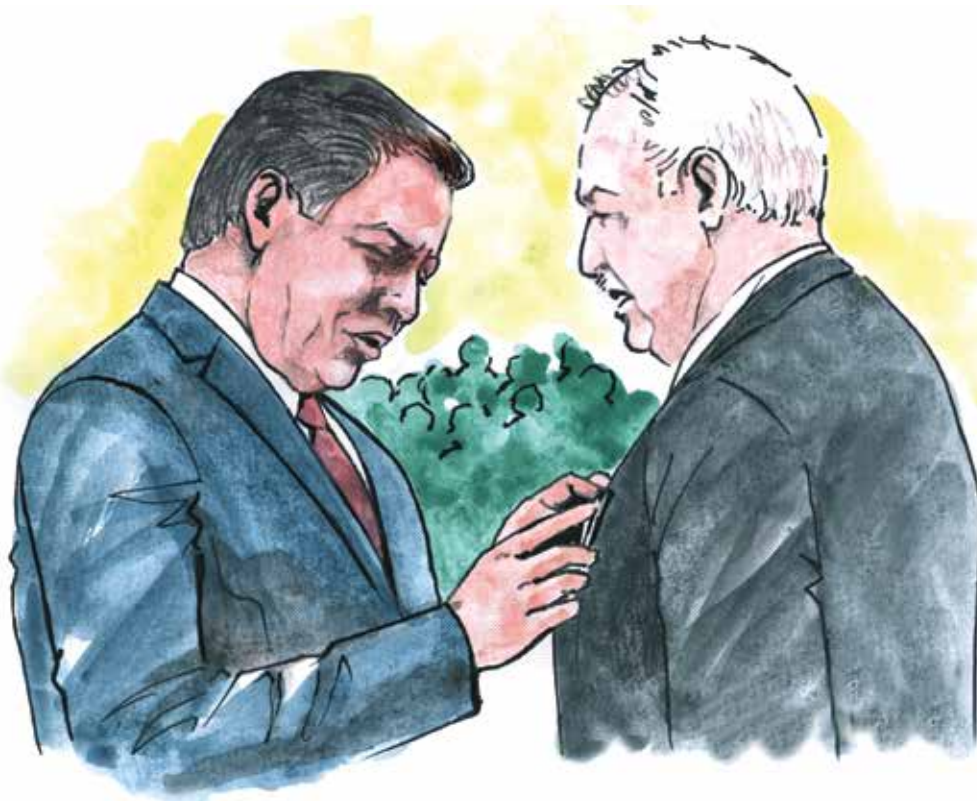
Cuando llegué a Jordania, aquella patria generosa me había recibido con los brazos abiertos. A partir de ese momento me abriría a nuevos horizontes desde su cálido seno.

Cuando hablamos de Jordania debemos recordar a su rey Abullah II bin-Al-Hussein. Se ha ganado el respeto de todos con su modestia y su noble comportamiento. Pensando en todo ello, me siento orgulloso de ser parte de Jordania.

Del difunto rey —a quien recuerdo con tanto respeto— Hussein bin-Talal y de Abdullah II bin-Al-Hussein aprendí el amor a la patria y a su pueblo. En el 70 aniversario de la independencia del reino hachemita de Jordania, el monarca me impuso personalmente la medalla de la independencia de primer grado, con la que me habían honrado. En ese momento pude repetirle mi fidelidad de corazón, que siempre le he reconocido.

«Majestad:

«Llegué a esta patria como un refugiado decidido a acabar con el sufrimiento de los palestinos. Mi objetivo ha sido divulgar públicamente a través del servicio a la comunidad lo que supone la bendición de la nacionalidad jordana. Me habéis entregado una valiosísima segunda patria y me habéis ensañado a amar a su pueblo. Mi más profundo agradecimiento.»



Cada día, mientras desde el balcón de mi casa en Amman miro hacia Palestina, mi patria ocupada, grito: «Amman, ¡cuánto te quiero! Y, Palestina, mi querida patria, ¡qué impaciencia por verte de nuevo!».



EL SENTIMIENTO DE IDENTIDAD

«La identidad no está hecha de compartimentos, no se divide en mitades, ni en tercios o en compartimentos estancos»

Amin Maalouf

Un día cualquiera, un amigo me llamó por teléfono ya tarde y cuando supo que todavía estaba trabajando me preguntó asombrado:

—¿Todavía estás en el trabajo a estas horas?

Y yo le respondí subrayando cada palabra:

—El éxito no se presenta en bandeja de oro. Requiere esfuerzo y dedicación.

Mi amigo estuvo de acuerdo con mis principios:

—¡Lo conseguirás, amigo! Porque te lo mereces y porque tu voluntad es fuerte.

Y mis colegas y yo seguimos produciendo noche y día... Así los años se siguieron unos a otros. Largos años que adornaron mis sueños de infancia, en los que me propuse y conseguí impulsar a nuestra gente... A lo largo de aquellos años conseguimos crear un grupo de empresas llamado «Talal Abu Ghazaleh» con oficinas repartidas por todo el mundo. Su lema parece resumir mi biografía: «Nos esforzamos por ser los mejores».

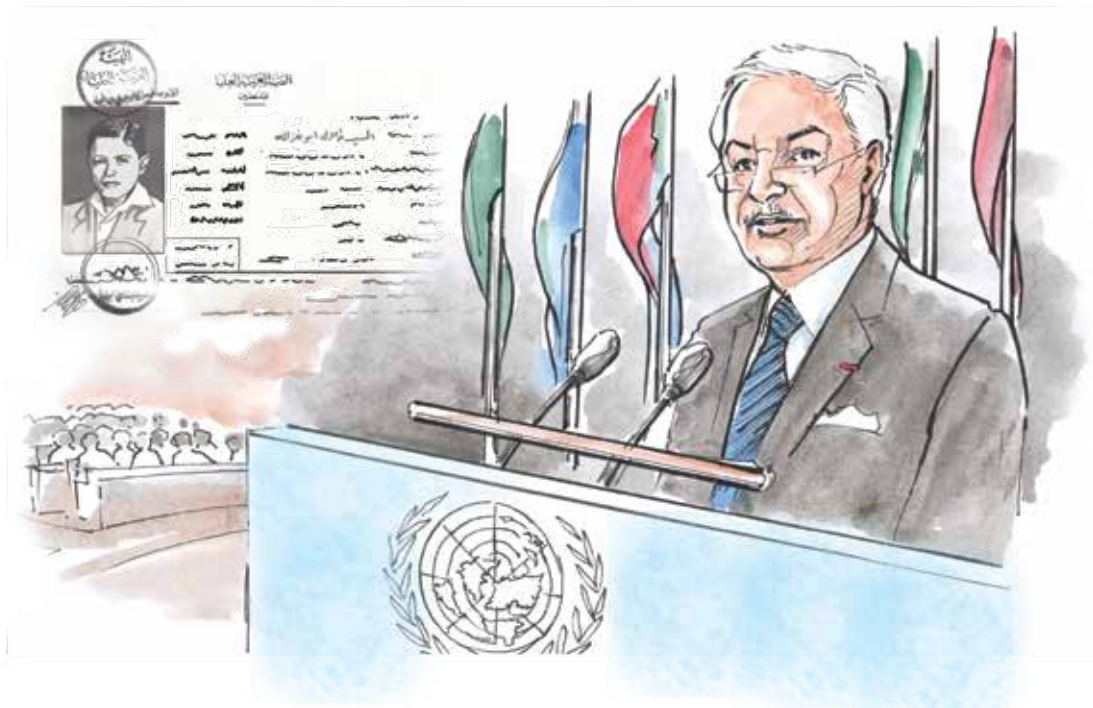
Hoy también sigo avanzando por el sendero mis recuerdos.

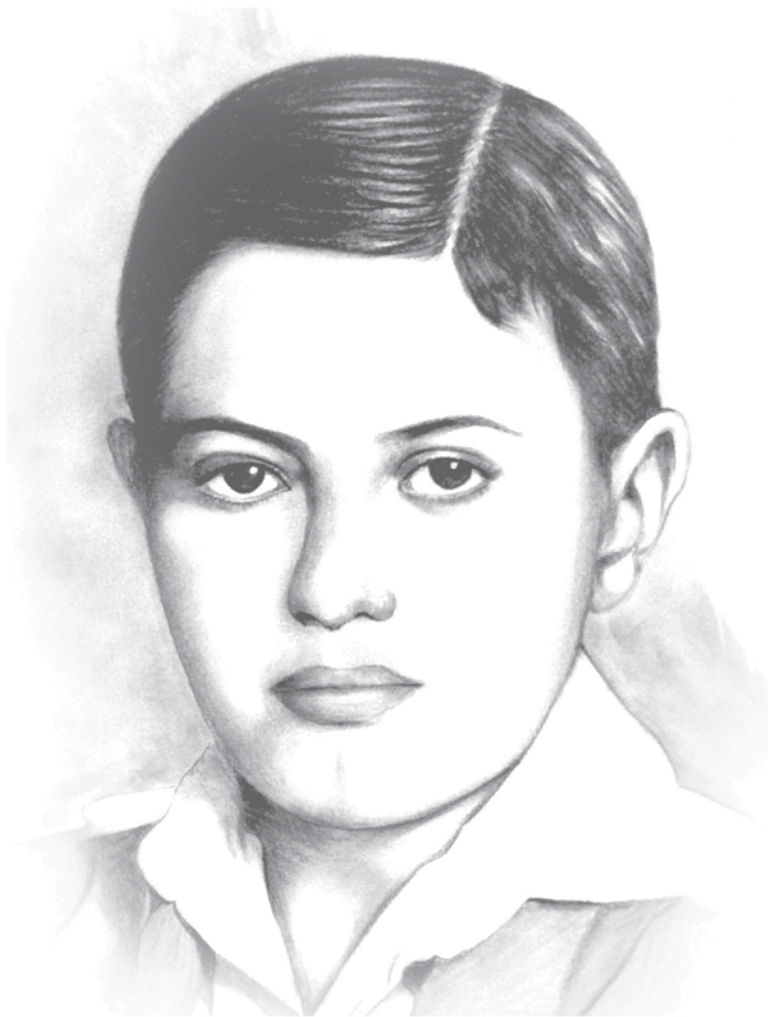
Cuando miro las fotografías familiares los recuerdos reviven, como un arroyo que fluyera borbotando en mi interior. Momentos que se me han grabado en la memoria: la silueta de mi madre rezando por mí... Su voz, que tanta tranquilidad y confianza en mí mismo me proporcionaba al oírla, «Talalcito, querido, ¡que Dios te proteja!»... A lo

que yo reaccionaba diciendo en broma: «Ya he crecido, pero todavía me sigues llamando Talalcito» y ella me contestaba de todo corazón: «Por mucho que crezcas, a mis ojos siempre seguirás siendo mi único niño, mi hijo querido, mi Talalcito»... Conversaciones que todavía resuenan en mis oídos y que arrojan mi alma.

Y cuando veo la foto de mi padre Tefik llevándome en brazos recuerdo los días en que arranqué la naranja de lo más alto del árbol de nuestro huerto. Es como si mi padre hubiera comprendido ya entonces que yo nunca dejaría de esforzarme por llegar a la cumbre y que me enfrentaría a cualquier dificultad. Sigo oyendo su frase: «Talal, en el futuro estarás en un lugar muy brillante», como si fuera prácticamente una profecía.

Y la herencia familiar de las fotografías de Jaffa, donde nací... Cada vez que las miro encienden mi ansia por volverla a ver...





Talal Abu-Ghazaleh 1951

LLAMAMIENTO A LOS LÍDERES DEL FUTURO

Queridos niños, líderes del futuro:

Yo fui un niño como vosotros, soñaba con una vida tranquila y cómoda y vivía pacíficamente en mi país. Pero la situación cambió y tuve una infancia muy distinta a la vuestra. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, la vida no me derrotó, todo lo contrario, aumentó mi determinación por conseguir el éxito.

Dad forma a vuestros sueños; hoy sois niños, pero vosotros seréis los líderes del futuro. Vosotros izaréis las banderas. Nosotros, los mayores, os apoyaremos para llevar la humanidad hacia la superación y la gloria.

De la misma forma que yo me aferré a mis sueños a pesar de lo difícil de mis condiciones y de todos mis sufrimientos, aferraos también vosotros a los vuestros. Yo conseguí alcanzar el éxito con la ayuda de Dios y gracias a la voluntad de mis difuntos padres. Logré que otros también se beneficiaran de los dones que me había concedido el Creador. Llevé a lo más alto el nombre de mi país y mi pueblo.

Os transmito este mensaje en la confianza de que el éxito no se os aparecerá una única vez, sino que se repetirá miles de veces. Recordad que podéis vencer cualquier dificultad con una voluntad fuerte y confiando en el Señor.

Nosotros os hemos entregado el presente, esperamos que vosotros nos ofrezcáis el futuro.

Ojalá vuestro lema para alcanzar el éxito sea este:

«Nos esforzamos por ser los mejores y continuaremos siéndolo»

Vuestro amigo,
Talal Abu Ghazaleh

Talal Abu-Ghazaleh: GUIA DE ÉXITO

1. La felicidad es una decisión. **Decide ser feliz.**
2. El amor es la clave de los corazones. **Toma tu fuerza del amor.**
3. Transforma siempre lo que aprendes en **invenciones.**
4. El optimismo trae suerte. Se optimista, **deja que la suerte venga a ti.**
5. Trabaja como el corazón, que no se detiene. **La pereza destruye a las personas.**
6. No importa en qué etapa de la vida estemos, **siempre seremos estudiantes.**
7. Acepta los problemas de la vida. **Los problemas te abren el camino al triunfo.**
8. Los ganadores son siempre los luchadores. **No dejes de luchar.**
9. No temas las dificultades ni los fracasos, **el verdadero éxito está rodeado de dificultades.**
10. En el colegio, primero aprendes y luego te examinas. En la vida, **primera te examinas y luego aprendes.**



Talal Abu-Ghazaleh



Dedicado a todos los niños

